

## Mi Conciencia.

---

### SONETO.

---

No puedo transigir con los malvados;  
 los dogmas religiosos son un mito;  
 Dios es el mal que esgrimen los menguados  
 detractores del bien, libre, infinito.

Yo no escucho los credos rezagados....  
 de la humana inocencia, que es delito  
 de frailes doctrinarios, degradados,  
 para escuchar de mi conciencia el grito.

Yo sé que me maldicen y me infaman  
 los pérfidos, los malos, esclavistas  
 y esclavos, pero hay muchos que me aman  
 y que me quieren de verdad, no obstante  
 de ser una excepción entre idealistas  
 y llevar la conciencia por delante.....

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



## Segunda Parte.

---

### DEDICATORIA.

---



LOS dignos gladiadores de mi Patria,  
 remembranza de guerreros legendarios  
 del Anáhuac, va mi libro en cuyas pági-  
 nas hallarán el clamoreo de mi alma.

No es una obra remilgada en sus palabras,  
 de conceptos rebuscados del idioma de las aulas; no: es  
 la frase del lenguaje de mi pueblo impresionable, en las é-  
 picas campañas, de la sencillez ingénua del idioma ó del  
 dialecto y del carácter bien templado en el crisol del su-  
 frimiento.

Yo no he ido á los castillos donde hay puentes leva-  
 dizos y portadas con escudos y almenadas que resisten  
 las mesnadas; no he llegado á las mansiones señoriales  
 de techumbre artesonada ni entre felpas perfumadas ni  
 moriscos cortinajes, he buscado palpitantes corazones,  
 ni tampoco mis lirismos desgranaron sus cadencias en  
 las rejas ojivales de duquesas, sin ducados señoriales,  
 que en la tierra mexicana ya no existen ha cien años, ex-  
 tirpados por las luchas democráticas cuyas chispas son  
 fanales. Es por eso que mis versos y mi prosa va á  
 los dignos libertarios, gladiadores, atalaya de las santas  
 libertades, y en memoria de los muertos en el campo de  
 batalla.

Si tuvieron mis cantares algún eco fué en los pe-  
 chos de los hombres de trabajo, mis hermanos, los que  
 sufren, los que lloran, los que sienten dentro el pecho  
 mucha rabia hácia la infamia, muchos odios y.... mu-  
 cho anhelo de venganza....

Hubo un día en que aprestáronse las fuerzas casi exhaustas de los seres de mi Patria, que irredentos vegetaron bajo el látigo negrero del verdugo acaudalado y el sablazo fratricida de traillas de malvados, que con nombre de soldados sostuvieron al tirano.

Los que oyeron mis cantares, los talleres del trabajo abandonaron, los talleres, donde siempre se ganaron con su vida un pan honrado, y á reunirse con Madro se aprestaron, y el derecho arrebatado recobraron dando ejemplo de patriotas; muchos de ellos, ignorados en el campo de batalla, insepultos, con su sangre y con sus cuerpos nuestra tierra siempre fértil abonaron.

Para ellos nuestras flores y el ambiente perfumado de montañas, bosques, selvas y el azul de nuestro cielo siempre diáfano; siempre-vivas, laurel, palmas, gratitud de nuestras damas y el amor de nuestras almas.....

Este libro está inspirado, no en la gloria de los vivos que han triunfado, ni en los méritos por ellos alcanzados.... El principio de la causa libertaria lo ha inspirado, y lo dedico á los que á cabo la llevaron y en memoria de los muertos por el bien y por la Patria, sin odiosas distinciones de abolengos y de clases.

**Silvino M. García.**



## Algunos datos sobre la vida y labor política y social de Silvino M. García.



O, no creo en la predestinación, porque esa creencia, á más de ser ilógica, no va de acuerdo con los acontecimientos y hechos de la vida real. Lo más oscuro para el sér humano que pisa la tierra, es ese misterio inconocido que se llama el destino, porque no se puede escudriñar, como tampoco ha podido la filosofía moderna sondear é investigar el *más allá* de la tumba. Todo cuanto en el mundo existe, es obra de la Naturaleza y del esfuerzo del Hombre, y éste nada tiene de divino, porque ninguno de los atributos del Gran Regulador se compadece con nuestra estructura física ni con nuestra fuerza intelectual ni moral. Lo poco que fuimos y lo poco que somos, lo debemos á nuestros padres, á nuestros maestros, á nuestras sociedades y á nosotros mismos; y lo divino no tiene ingerencia en los ascensos ó descensos durante nuestra peregrinación por la tierra. Lo sobrenatural, lo que está ligado con la teología dogmática, lo que se esfuerza por conturbar y enervar el espíritu humano, ha sido, es y será siempre un absurdo.

Víctor Hugo, hablando del destino del hombre cuando pisa los umbrales de la vida, dice que todos tienen el

mismo derecho para ser felices, puesto que no hay, en ese momento, nadie bueno ni malo; que se necesita, como para las plantas, de buenos cultivadores.

No hay, pues, predestinación. Hay luchas, hay esfuerzos, hay sacrificios, hay abnegaciones, y hay heroísmos, pero todo debido á la acción directa del hombre, á su firmeza, á su constancia, á su energía y á su carácter, de todo lo cual se deduce: que si después de estas pruebas álguien logra sobresalir de la generalidad, á todo podrá deberlo, menos á la predestinación.

Un ejemplo de esta afirmación puedo presentarlo en el autor del presente libro.

Silvino M. García vino al mundo el 12 de Septiembre de 1875, en "La Gasita", rancho de Peña, distante como tres millas al Norte de Saltillo, capital del Estado de Coahuila, México. Su padre pertenecía á la clase humilde, á esa gleba que en las Repúblicas democráticas explota el burgués ó el cacique adinerado; trabajaba en la misma hacienda donde alcanzaba por única soldada la exigua suma de 18 cts. diarios. Imposible era que hogar alguno pudiera cubrir sus exigencias con jornal tan mezquino, y que á la vez erogara los indispensables gastos que ocasiona la instrucción de la familia. Pero así estaban las cosas en aquellos tiempos.

A pesar de todo, Silvino logró ingresar á una escuela de instrucción primaria, y, ya sea por el rigor con que lo trataban, ó porque deseara ayudar en los trabajos á su padre para el mejor sostenimiento de su casa, duró en el establecimiento solamente tres años, con lo que se comprenderá que su instrucción elemental fué en extremo rudimentaria. Sin embargo, su inteligencia había comenzado á despertar; lo demás, sólo sería cuestión de tiempo para su completo desarrollo.

Después de abandonar las aulas, Silvino logró aprender cuatro oficios mecánicos, y de ese modo pudo abrirse paso en las esferas donde su claro talento debía nutrirse y ensancharse lentamente para, más tarde, elevarse y distinguirse. La lectura de libros liberales, las frecuentes conversaciones con amigos instruidos y dis-

cretos, y sobre todo, el afán de aprender y de investigar, muy pronto le señalaron el derrotero que conduce al perfecto conocimiento de los deberes y derechos del hombre, como hombre, y como ciudadano. Así es que desde muy temprana edad, cuando la segunda administración del Gral. Díaz comenzó á manifestar sus tendencias á la autocracia, Silvino atacó dura y tenazmente esa administración, en la prensa y en la tribuna.

Y no sólo ésto: en esa misma época comenzó, también, á combatir la Religión Católica, pues repugnaban á su conciencia honrada y á su espíritu verdaderamente librepensador, las prácticas y dogmas de la Gran Tirana de la humanidad. De manera que Silvino M. García es ventajosamente conocido en el periodismo mexicano, por la firmeza de sus principios políticos y por lo avanzado de sus ideas netamente liberales y socialistas y por su positivo valor civil para públicamente manifestar sus ideas.

¡Así lo hacen los hombres de fibra, los hombres de temple, los hombres que practican el aforismo de Pitágoras: "Piensa, y dí lo que pienses, todos tenemos ese derecho!"

Pero si se ha distinguido como poeta y escritor de pujanza y bríos, como amigo y admirador de la clase obrera, para la que siempre tiene frases de simpatía y aliento, sobresalió notablemente en la última gloriosa revolución de 1910, que acaudilló el insigne demócrata don Francisco I. Madero, hoy Presidente Constitucional de la República.

Poco tiempo antes del 20 de Noviembre de ese año, y en virtud de la reacción popular que produjo el Plan de San Luis Potosí y que fué tenazmente combatida por el Gobierno de Díaz, Silvino se vió precisado á huir del país, logrando internarse en Texas, reuniéndose en San Antonio con el Sr. Madero, quien había burlado la vigilancia y persecución de sus enemigos. Permaneció en tierra texana colaborando en los principales periódicos que desde aquí combatían la dictadura, hasta el triunfo de la revolución. Entonces se radicó en San Luis Potosí, siendo nombrado, en seguida, Secretario del Dr. Don

Rafael Cepeda, hoy Gobernador Constitucional de aquel importante Estado. Poco tiempo después se le confirió nombramiento de Visitador de Jefaturas Políticas del propio Estado.

Por último, el Sr. Presidente Madero, justo conocedor de las aptitudes, disposiciones y méritos que concurrían en Silvino, le nombró Cónsul de México en esta ciudad de Brownsville, en donde, desde el advenimiento al poder del Caudillo de la Revolución, hasta la fecha, desempeña su difícil y delicada misión, con beneplácito de todos, pues que generalmente reconocidas son su modestia, su caballerosidad y sus maneras verdaderamente democráticas.

Estos son, aunque imperfectamente descritos, los datos de la vida y de la labor política y social de Silvino M. García, quien nacido en humilde cuna, sin recursos, nada más por sus propios esfuerzos, logró encumbrarse á uno de los más delicados, honrosos y meritorios puestos públicos.

No juzgo su labor periodística ni literaria, porque á más de mi incompetencia para ello, solo me propuse demostrar que todo cede y todo se vence, ante la energía, la constancia, la firmeza y el patriotismo de los hombres honrados, sin que en esa evolución intervengan más elementos impulsores, que el esfuerzo y la voluntad del hombre.

Réstame solo significar en las presentes líneas, al antor de este libro, mi admiración por su talento y mi respeto por su modestia.

**Everardo Torres.**

Brownsville, Texas, Abril 13 de 1912



## La Catástrofe de Agosto de 1909 en Monterrey.



¿UÉ pluma podrá describir la magnitud de esta hecatombe, con todos sus horrores, con sus zozobras todas y con todas sus desesperaciones, en medio de una noche tempestuosa y negra, en que ni el resplandor de los relámpagos siquiera iluminaba el gesto macabro de las mil víctimas que sucumbían delante del caos tenebroso del chubasco?

¿Qué pincel podrá pintar con los colores propios la angustia eterna de los desgraciados y el anhelo incalificable de vivir y sobreponerse al cauce torrentoso, destructor é inmovible, con que sellaban su funesto paso el 27 y el 28 del mes de Agosto de 1909?

El Santa Catarina, que permaneció quieto por muchos años, haciendo que la confianza sentara sus reales en el alma del pueblo, del querido pueblo que ha sido la víctima expiatoria de la inmutable naturaleza; el Santa Catarina, que fué lecho de muchas vidas por mucho tiempo, vino á ser el lecho de muerte en una noche inesperada, negra, tenebrosa, fatídica. . . . . Ah! ¿quién pudiera adivinar el desencadenamiento de los elementos con que cuenta la madre naturaleza, único autor de todas las cosas? ¿A quién culpar de mal tan grande? ¿A quién hacerse responsable de tanta víctima, de tanto huérfa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA "DON JUAN DE LOS RÍOS"  
"DON JUAN DE LOS RÍOS"

no y de tanta gente abandonada á la orfandad? ¿A la madre natura? Nó! ¿A Dios? Tampoco! Dios no puede infringir las leyes de lo eterno, porque éstas pertenecen á la inmutable madre de todo lo creado! El hombre es el culpable, su imprudencia, su fe en el error, su esperanza en la divinidad y su poca fe en sí mismo.

Dos sacerdotes católicos, dos ministros de Jesu-Cristo, dos influenciados por la divinidad, dos de esos hombres que se dicen representantes de Dios sobre la tierra, fueron envueltos en el torrente, por su imprudencia, por su fe absoluta en el error. Y lo peor del caso es que con ellos arrastraron á centenares de desgraciados que podían haberse salvado con el auxilio que se les prestaba con oportunidad, cuando todavía era tiempo de que los que estábamos á salvo pudiéramos disputarle al monstruo, con éxito, todas aquellas infelices criaturas víctimas del fanatismo de un fraile. Y no puede decirse que por cobardía nuestra, nó, eso sería la peor de las ingratitudes, pues hay testigos de que arriesgamos muchas veces nuestras vidas por salvar las de nuestros hermanos, unas veces con buen éxito y otras con éxito contrario. ¡Cuántas ocasiones fuimos envueltos por la corriente y en medio de nuestra desesperación, en la agonía y ya muy cerca de la muerte, nuestro único pensamiento era la salvación de los que quedaban en medio de la vorágine, quizá ya sin ayuda, por la consternación y el pánico que pudiera producir nuestra desgracia!

El río recobró sus antiguas propiedades sin anunciarse con anticipación. El aviso tenía que ser el arrollamiento de todo lo que encontrara en su ruta de antaño, en esa cuyas huellas, sólo él, el mónstruo, conocía!

Llegó repentinamente, y el cielo otras veces clemente con nosotros, esta vez le ayudaba, pues era tan negro como la misma tenebrosidad del caos horrible en que se agitaba el espíritu del desenfrenado cauce.

¡Cuántos seres queridos se han ido en el turbión damnificador!

Arturo, aquel muchacho inteligente y bueno que trabajaba conmigo desde niño casi, que se formó bajo mi dirección y que llegó á ser en poco tiempo el sostén de su madre y de sus cinco hermanos, ¿dónde está? ¿Dón-

de están todos los de su familia? ¿A qué hora de aquella horrible noche desaparecieron de entre las ruinas, que no se vieron ya al amanecer del 28? ¡Nadie lo sabe! En vano hemos preguntado, la contestación ha sido ésta: "De los de esa calle, que fué de Víctor Hugo, casi nadie salió, no teniendo más refugio que subirse á las azoteas, de donde fueron arrastrados con todo y casas no se sabe á qué hora. . . . ." No se sabe á qué hora! horribles palabras que parece que salen de los mismos labios de la muerte.

Manuel Garranza y su hijo, Manuelón, como le decíamos en los talleres, el compañero de trabajos desde mi juventud; el hombre que constituía para los mexicanos en el Estado de Texas, el orgullo, por sus hercúleas fuerzas, porque era el más fuerte entre 600 hombres de todas nacionalidades, ¿dónde está este hermano de trabajo? Nadie lo sabe, sólo se asegura que por estar enfermo de un pié, no pudo salir. Y efectivamente, trabajando en el cuartel del 1er. Batallón, en una obra de plomería que yo tenía á contrato, se pasó con una pica el pié derecho como un mes antes de la inundación: era un sábado, ya como á las tres de la tarde cuando en mi boguecito llegué yo á ver cómo iban los trabajos y me encontré á Manuel, quitándose el zapato para verse mejor la herida; yo mismo le lavé el pié y lo vendé con mi pañuelo. Después le dí su "raya" y me lo llevé hasta su casa, que quedaba en el extremo opuesto de la ciudad, allá en las calles del río, cerca de la Fundición No. 2. Desde entonces, ya no lo volví á ver, porque la herida que se causó en mi trabajo no era alarmante ni seria, y como no volvió á mi taller, creí que habría conseguido trabajo en su oficio, pues era pailero y sólo trabajó conmigo mientras encontraba otra colocación mejor. . . . Así, enfermo, lo sorprendió la muerte, ¡pobre hermano. . . . pobre compañero. . . ¿sus restos dónde irían á parar? . . . .

Otro pobre hombre, cochero de un Doctor de mal corazón, digo de mal corazón, porque no hizo nada por salvarlo; este hombre, valiente y bueno, ayudó toda la noche del 27 á salvar á muchas gentes y ya exhausto de fuerzas en la mañana, no pudo volver del río adentro,

y se quedó en el arco de una puerta hasta que la corriente arrolló las últimas paredes y cayó á la vorágine, alzando los brazos al hundirse y gritando: "Sálvenme, como yo he salvado á tantos." Pero, nada... era imposible: sobró voluntad, pero faltó fuerza que contrarrestara la imponderable fuerza de la corriente.... Cuando todavía este pobre cochero no se hundía, cuando aún no era tragado por el cauce, un poco más allá, los dos hermanos, Nicanor y Romualdo Martí, luchaban entre la vida y la muerte por salvarse y salvar á la familia de Romualdo y todos trepados en las ramas de un árbol se balanceaban, que ya parecía que eran arrebatados por la impetuosidad del torrente, cuando los amigos de los Martí tratábamos de salvarlos, yo, ya sin fuerzas para nadar ofrecí á un muchacho todo mi capital (100 pesos) suplicándole que llevara á nado el extremo de un cable hasta el cochero y de allí á los Martí, para salvarlos á todos si era posible; entonces, cuando hice este ofrecimiento, el muchacho José Montemayor, cochero también, á quien hice la oferta porque sabía de antemano que era un buen nadador, y cuyo nombre no se me olvidará nunca me dijo estas palabras, quitándose la ropa y los zapatos violentamente: "No, señor García, no le acepto á Ud. ni un centavo; yo sé que usted no puede ya porque está cansado, pero yo puedo, y también soy hermano." Y atándose el cable de la cintura, se dejó ir.... Vano esfuerzo, sacrificio heroico sin resultado..... Lo envolvió el torrente y apenas entre ocho individuos pudimos salvarlo, sacándolo, como á mí me habían sacado pocas horas antes, muy golpeado por la corriente y casi muerto. Al fin, un día después se logró sacar á los Martí y á su pobre familia.

Una familia García, á quien quisimos salvar, y cuyos esfuerzos fueron vanos, porque cuando logramos establecer un cable para sacarla, ya las señoras y aún los varones, estaban en perfecto estado de idiotez por el terror que les causaba el sacrificio de tantas vidas y el ruido infernal, terrible, que producía la impetuosa corriente, como mar embravecida, donde había desaparecido gran parte de la ciudad.

¡Oh!...era horroroso, era para volverse uno loco.... Yo no supe de mi familia por tres días, porque la vorá-

gine me reclamaba, el peligro en que estaban mis semejantes me atraía....¿Dónde estaba el poder de Dios? ese gran poder, al que dizque están supeditadas todas las fuerzas de la Naturaleza? ¡quién sabe!... Allá arriba quizá, tras de los densos nubarrones que se descargaban inclementes sobre la infortunada ciudad de Monterrey; pero que allí no se le vió ni la más insignificante muestra de su soberano poder.

En este empeño heroico de la nobleza de alma, del buen sentir, en que el corazón palpitante de los hombres de buena voluntad, esforzabase en sacar fuerzas de flaqueza, en este propósito inaudito en que se arriesga la vida á sabiendas, y en que salen á la palestra los corazones bien templados, de los que merecen con toda justicia el título de nobles, de valientes y de héroes, (haciendo, por supuesto, abstracción de mi humilde personalidad) ví, con satisfacción, con orgullo, y hasta con alegría, con la alegría infinita que se nos revela en el interior del alma, en casos semejantes, que, de entre la multitud absorta y aterrorizada, salía un joven decidido, que secundando mis propósitos, arriesgaba con una ceguedad noble y sobre toda ponderación, su vida; este joven pertenece á una familia acomodada de Monterrey y su nombre es Santiago Jiménez. Él dió en esos momentos un alto ejemplo de amor á la humanidad y un despego de la vida por salvar á sus semejantes, que son dignos del elogio de todas las almas buenas.

Quando llevábamos dos horas de brega inútil, dos horas en que ambos, él y yo, habíamos sido arrastrados por la corriente varias veces, se pudo al fin, con el aplauso de más doscientas personas que nos veían, establecer un cable con carruchas: habíamos triunfado hasta esos momentos, después de infinitos esfuerzos; la fuerza de la naturaleza parece que se daba por vencida, y nuestros corazones rebosaban de orgullo; pero.... ¡pobre humanidad!... A veces el hombre, el átomo infeliz que cree dominarlo todo, llega en su orgullo á creerse superior á las fuerzrs naturales.... ¡Error, vanidad, torpeza....! Los elementos de la madre naturaleza son incomparables. Cuando nosotros creíamos haber triunfado, vuelve á descargarse con más furia la tromba torrencial so-

bre la hecatombe. El torbellino, ayudado por el vértigo que se siente al verse arrollar por el torrente, habíame puesto en gran peligro. Santiago Jiménez, que comprendía la eminencia del riesgo, é impulsado por su gran corazón, arrójase á salvarme y es arrebatado por la corriente arrolladora, en los momentos en que yo, exausto de fuerzas, me hundía en la vorágine. Ya no supe de Santiago, ni él de mí. El instinto de conservación nos hizo pensar en la salvación personal: yo fuí sacado á lazo, por los compañeros de la orilla, y él fué á salvase en una cerca de tablas que se hallaba lejos. Volvimos á la brega, con la protesta de todos los que se encontraban viendo nuestros esfuerzos; la tromba seguía descargando, sin relámpagos, sin truenos, sorda, silenciosa, como asechando nuestras vidas, y el río seguía creciendo, creciendo, más, mucho más que antes, tanto, que nos iba obligando á retirarnos, con el pesar de dejar desamparados aquellos á quienes nos empeñábanos en salvar, pero con la esperanza de que el río bajara.....

Recuerdo perfectamente bien, como si ahorita fuera, que se acercaron los hermanos de Jiménez, á nosotros, para suplicarle en nombre de su madre que se retirara del peligro, y él, dirigiendo la vista hácia el río, cuya corriente nos rechazaba, pero en cuyo seno aún había gentes que salvar, dijo estas célebres palabras: "digan á mi madre que mientras haya gentes en peligro no me retiraré de aquí; es un deber de Humanidad."

He de hacer constar que el pueblo mexicano de Monterrey, ayudado eficazmente por la Colonia Alemana, hizo esfuerzos heroicos en la tarea de salvamento, en los cuatro ó cinco días que duró la catástrofe. Igualmente, y con el mismo sentimiento de gratitud, sintiendo no recordar su nombre, he de hacer constar, en honor de la justicia, los heroicos esfuerzos que en bien de los damnificados de la inundación, hizo un ciudadano japonés, á quien la ciudad de Monterrey le debe gratitud eterna por haber salvado á muchas criaturas infelices de la muerte aterradora de la incommovible vorágine.

Y la catástrofe horrorosa que segó tantas vidas, más de cinco mil, sólo queda ya en la imaginación de los vivos como una horrible pesadilla, como el recuerdo de

una tragedia enorme de la muerte, y en mi imaginación es como un torbellino de fantasmas que enloquecen de terror por salir de la vorágine.

¡Víctimas de esa catástrofe horrorosa, me habéis llevado la delantera, pagásteis antes que yo el tributo á la madre naturaleza!



## ¿Qué es lo que debemos al Clero?



UANDO la Patria de Tenoch sintió el sacudimiento de 1810, cuando el sublime anciano de Dolores dió el grito de libertad lanzándose á la lucha contra la tiranía del Virreinato, con la convicción de que en aquel grito estaban condensados los derechos humanos y los derechos divinos, que en mi concepto son los derechos de la libertad de conciencia. Entonces, digo, se estremeció la Iglesia desde la base hasta la cúpula y con ella las conciencias corrompidas de los clérigos, porque el grito ese era la repercusión del sacudimiento revolucionario del 93 en Francia, (cuna de las libertades del mundo), que pasó por sobre las cabezas ensangrentadas de los más grandes déspotas de la época, y sobre

las cabezas de los mismos iniciadores del gran movimiento!

Y las siluetas de Luis XVI y de María Antonieta, se conmovieron al ver la de Desmoulins, Robespierre y Danton; pero éstas, con la sonrisa de la satisfacción, podían decir á la humanidad y á los siglos: "Somos las víctimas de la oleada popular épica y grande, nuestra labor fué libertaria y gloriosa." Mientras las otras siluetas no podían decir sino que su labor esclavitaria era la representación directa de la dinastía y de la Iglesia, consumadora de crímenes y de infamias á través de los siglos. Pues bien, en esa época de gloriosos y épicos recuerdos para la soberanía de un pueblo, en que se hizo derroche de valor y de patriotismo ante la piedra brutal é inmovible del sacrificio por la libertad, ¿qué hicieron los eunucos del tirano de Roma, en favor de la Independencia sagrada de la Nación, cuya sangre roja circulaba en las propias venas de los verdugos?

¿Qué hizo la clérigaya mexicana sino maldecir desde el púlpito á los que, como los sublimes mártires, Padres de la Patria, HIDALGO y MORELOS, arrojaron la sotana para empuñar el fusil libertador? ¿Qué hicieron estos bandidos de la sombra en favor de la justicia que con el fusil en la mano reclamaban lo que en trescientos años no pudieron conseguir con la voz de la razón? ¿Qué hicieron?

Maldecir la insurrección que se enfrentaba desafiando á un régimen arbitrario y vandálico! Ayudar pecuniaria, moral y materialmente, afrontando todo el contingente de sangre esclava que les fué posible contra el movimiento sagrado de la insurrección, para afianzar el yugo y el grillete en las carnes desnudas del pueblo mexicano, tributario eterno de esos malvados! Degradar á los buenos ciudadanos sacerdotes insurgentes, despojándolos de las llamadas vestiduras sagradas y cantar *te Deums* en las malditas cuevas llamadas iglesias! Bailar danzas diabólicas al derredor del "Castillo de Granaditas" de Guanajuato, al elevar los garfios con las cabezas venerandas de los mártires! Y por último, brindar en el interior bacanalesco de los conventos orgiásticos de monjas, por el triunfo (efímero) de las armas del Virrei-

nato! Hacer emperador al ambicioso, perdulario y traidor Agustín de Iturbide! Asesinar de la manera más cobarde y traidora al verdadero héroe de la consumación de la Independencia, el General Don Vicente Guerrero!

Eso y mucho más fué lo que hicieron en favor del pueblo mexicano en la época aciaga y gloriosa de nuestra primera independencia!

Y después, en la época de la Reforma y de la demolición de las viejas y rancias costumbres que tanto han perjudicado á la humanidad, ¿qué hicieron en favor del pueblo esos eternos enemigos del progreso? . . . (acaba de pasar un "murciélago" ó "ratón viejo" junto á mí, y como dicen que este animalucho, más benéfico que muchos hombres, es de mal agüero, me dan ganas de no seguir escribiendo más), pero antes de terminar este artículo he de decir algo de lo que hizo el muy traidor clero de mi país, en la segunda independencia de los descendientes del Gran Tenoch!

Esta segunda intervención fué procurada por el clero, descarada y cínicamente ante la magestad del sinvergüenza é intruso Napoleón el Pequeño, y el otro intruso, menos depravado pero más tonto, Fernando Maximiliano de Hapsburgo, vió con orgullo que una cáfila de degenerados, enviados por el clero, dizque en representación de la nación mexicana, llegaron arrastrándose á sus plantas hasta besar las regias vestiduras de Carlota de Austria, á ofrecerle el histórico Palacio del último, muy digno Emperador azteca, el Gran Guauhtémoc y el imperio de los descendientes de Tenoch. ¡Sarcasmo cruel! los ambiciosos descendientes del abolengo rancio y depravado del viejo mundo, ocupando el trono de los nobles Emperadores, de un imperio legítimo y glorioso, del más grande imperio de América!

Pero no había de quedar impune semejante sacrilegio, y el Cerro de las Campanas es testigo eterno de la ejecución más justa, decretada por el más grande hijo

de una raza heroica, desde la capital de este glorioso Estado de San Luis Potosí.

¿Guál será el porvenir de la Patria si triunfa por desgracia el Partido Católico?



## Al fin quedó resuelto lo de la Huelga.



NTE nuestro querido amigo y compañero Rafael Cepeda, honra de la Revolución triunfante por sus hechos siempre basados en la más estricta justicia, acaba de presentarse una comisión de los huelguistas de "La Paz" y tratados confraternamente por nuestro Gobernante, expusieron por última vez sus justas quejas, nuestro Gobernante no puede exigir á la ingrata directiva de la Compañía á que expulse al odiado Dingwal, pero se propone ser árbitro en estos enojosos asuntos para establecer su justiciera autoridad entre el capital y el trabajo, y los contendientes quedarán sujetos á un contrato que garantice los intereses de ambos.

Con este contrato, que sabiamente propone el Gobernador, cesarán los miles de abusos que el Mr. Dingwal ha venido cometiendo con los pobres operarios desde que en mala hora para los mexicanos de "La Paz", llegó á dirigir los trabajos de la negociación. Que se cuide muy

bien el Mr. Dingwal de volver á cometer arbitrariedad alguna con los hombres que gastan sus energías para hacer rica á la negociación, porque en lo sucesivo, no podrá injuriarlos impunemente ni de palabra ni de acción. Es decir, no podrá injuriarlos con palabras despóticas ni darles de puntapiés como está acostumbrado á hacerlo, porque en la primera que haga será acusado ante los tribunales y castigado como se lo merece, lo mismo que su capataz, el minero que aunque de nuestra raza, es, según la aserción de los sufridos trabajadores, más verdugo que los mismos extraños.

Hermanos de trabajo, que habéis sostenido una huelga que honra al pueblo todo de mi Patria: estad pendientes de los actos de los que fueron vuestros verdugos y no dejéis pasar á éstos ni la menor injuria ni el menor atropello. Que la ofensa que se haga al más humilde é ignorante de vosotros, sea la injuria de todos absolutamente; si se tienen rencores, si se ha recibido una ofensa de parte de un compañero y éste es ultrajado de palabra ó de acción, pasemos por alto estos disgustos y acusemos á los ofensores del que, si particularmente es nuestro enemigo, no lo es en el interior de la mina, donde todos somos hermanos, puesto que allí los intereses son generales y comunes, porque son los intereses sagrados de nuestras familias alimentadas con el desgastamiento de nuestras energías, con el desmembramiento de nuestra vida.

Los intereses son comunes dentro de la mina, porque desde la "boca", á abajo, todos los operarios se exponen á perder la vida á cualquiera hora, cuando menos lo piensan, y en la conciencia de todos está que al descender en esos antros inseguros, hay más probabilidades de no volver á ver la luz, de no volver á estrechar á la esposa, á la madre ó á los hijos; ¿por qué no olvidar los rencores baladíes é insignificantes que se tienen fuera de la mina? ¿Y por qué, si nuestras vidas no están garantizadas, si tenemos el convencimiento de que al sucumbir aplastados por un "caído", ó por cualquiera otra desgracia de las que sobran en estos trabajos, se quedan nuestros hijos en la miseria, en la mendicidad, por qué, pregunto, no unir nuestros esfuerzos y nuestras volunta-

des para contrarrestar este mal que sin la Unión no tiene fin?

¡Somos hombres conscientes ó no lo somos!

Hemos dado muestras muy patentes de que lo somos, pues en ninguna parte del mundo se ha sostenido un movimiento huelguista con tanta honra. La prueba de civismo dada hace poco cuando los federales borrachos escandalizaron, porque creían que paseaban sus ínfulas en país de párias, y vosotros resguardando al mismo capital, los llamásteis al orden y los condujisteis á la cárcel, es la prueba más grande del civismo en medio de la desgracia. ¡Somos conscientes! Pues á hacer uso de nuestros derechos, á trabajar, hermanos, y á establecer la unión y el ahorro, ahora que tenemos un gobernante de nuestra parte, de parte de la justicia!



## 2 de Noviembre.



OY es el día de las tristezas, el día de los fúnebres recuerdos, que conmueven el alma de la humanidad doliente é infeliz que no ha pasado ni pasará nunca los linderos del dolor.

Los muertos reciben inconscientemente en este día, las manifestaciones del recuerdo de los que quedamos en este valle de lágrimas, de los que aun sufrimos con la pesada carga de la vida que es martirio, decepciones, aficciones y . . . también, á veces, muy pocas, alegrías.

Los hombres mueren, con ellos todo lo que significa vanidad y orgullo, y del producto de sus afanes nada se

lleva. . . . va solo á hundirse en los brazos desnudos de la madre tierra. Así paga el tributo á la Naturaleza, creadora absoluta de todo lo que existe, finito é infinito. En el laboratorio soberano de las transformaciones de la materia está el secreto de la vida, inviolable, inalterable, incomprendible. . . .!

¡Qué insignificantes somos los hombres! Ni los grandes de abolengo, ni los miserables de solemnidad valemus más ante la muerte. Un hoyo en el suelo, un montón de tierra en la superficie que viene á demostrar la existencia de . . . nada, porque al transcurso de unos cuantos años desaparece aquella aglomeración que demostraba la existencia de lo que no existía. ¡Qué mezquina es la existencia humana!

La vida de los hombres, por soberbia que sea, por rica y opulenta que sea, no significa nada ante la eternidad de los tiempos!

Pero hay una gran satisfacción en el alma de los que aún nos debatimos en este mundo, por llevar á nuestros deudos muertos la expresión del cariño que, cuando convivían con nosotros, les tuvimos. Y hasta nosotros, en la efusión de nuestro afecto, sentimos que nos agradecen las demostraciones de nuestro afecto, de nuestro amor y de nuestras remembranzas. . . . Pero hay otros muertos, para nosotros muy queridos, á quienes les debemos eterna gratitud aunque no fueron nuestros deudos, y que no tienen sobre sus tumbas ignoradas, ni las flores del cariño de la madre, de la esposa ó los hijos, porque quedaron en el campo de batalla abandonados, unos y en la fosa común los demás. . . . y fueron á la muerte por la Patria y por la Libertad en la pasada revolución. Para esos mártires, además del recuerdo de sus deudos, vaya nuestro recuerdo y nuestra eterna gratitud, donde quiera que hayan quedado. Me retiro de los panteones contristada mi alma por tanto luto que me recuerda el dolor de los que ya no existen. . . . y la noche se aproxima, negra como los recuerdos de este día. . . y los muertos van quedándose solos é inconscientes como antes. . . .



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ATENCION REYES"  
Año 1911 - MONTEVIDEO, MEXICO

## ACLARACION.

LA SERENATA DADA EN HONOR DEL  
DR. GEPEDA.



SOY enemigo absoluto de la adulación, que creo es el vicio más rastrero y la desvergüenza más grande que puede adherirse en el corazón de los mortales. Pues bien, hace pocos días se presentaron á mí algunos de los miembros del Glub "Mariano Jiménez", del que soy Presidente desde que tuve la dicha de pisar este hermoso y hospitalario suelo del Potosí, y me dijeron mis compañeros de Glub, que éste había acordado dar una serenata en la Plaza Principal, en honor del día onomástico del G. Dr. Rafael Gepeda, Gobernador Constitucional del Estado.

Como los referidos compañeros me hablaron en nombre del Glub, calcé la invitación con mi firma creyendo que todos los miembros de la Mesa Directiva firmarían también, y era que el *círculo de barberos* me había utilizado como parapeto de sus innobles acciones, acto que me indignó, porque yo, para demostrarle al Doctor Rafael Gepeda mi lealtad y mi amistad nunca desmentida, no necesito valerme de medios tan bajos como éste de que hablo, máxime cuando la referida serenata no la pagaron ni los aduladores, ni el Glub "Mariano Jiménez", de lo que resulta que hubimos tres víctimas de la adulación de esos ciudadanos, á saber: el Glub "Mariano Ji-

ménez", el Dr. Rafael Gepeda y yo, que soy el Presidente del Glub.

Hago esta aclaración para que mis correligionarios, los verdaderos liberales, no crean que he comenzado á perder el carácter, mezclándome en tramas tan odiosas y tan indignas, de las cuales he vivido separado toda mi vida.

Prefiero la miseria á tener que doblarme como una charamusca ó inclinarme á manera de un mono educado en la corrompida escuela de la adulación, que en mi concepto significa bajeza y falta absoluta de valor civil.



¡Pueblo mío!



LOS pueblos que no despiertan al empuje de una revolución triunfante son dignos de lástima, porque ellos han perdido todo el vigor de la sangre, todo el aliento de la vida, todo el ardor del pensamiento; sus nervios no vibran ya al impulso del patriotismo, su espíritu, apagado ya, no tiene la fosforescencia de esa chispa de luz que se llama entendimiento. Son pueblos agobiados bajo el peso de su misma cobardía, son... pueblos muertos!

Pero tú, pueblo mío, no has muerto ni morirás jamás; tú vives porque has ofrendado tu sangre gloriosa al

sacrificio por las libertades patrias. Tú vives, porque eres un pueblo trabajador, noble y bueno, bizarro en la guerra y útil en la paz. Tú, pueblo hermano, no has sacudido todavía tus tradicionales costumbres que son la base de tu patriotismo y de tu valor nunca desmentidos.

Tú, aun amas entrañablemente la choza que heredaras de tus abuelos: aun ves con orgullo y satisfacción el pedazo de tierra que tus antepasados abrieron con el viejo arado barbechero para sembrar la semilla que sirvió de alimento á muchas generaciones de patriotas, amantes entrañables del terruño! Tú, aun vives, no has muerto ni morirás nunca, porque esta tierra tan querida para todo buen mexicano, ha sido regada con las lágrimas de nuestras esposas y de nuestros hijos, y con la sangre de nuestros mártires y de nuestros libertadores, mil veces benditos!

Tú, para completar la obra gloriosa comenzada con el martirologio de nuestros hermanos muertos en el campo de la lucha, no llevarás la mecha incendiaria á las propiedades ajenas, ni la cámara destructora de dinamita, ni el escándalo, ni el motín. No; tú irás al sacrificio de tus odios y de tus venganzas, deponiendo toda actitud bélica, puesto que se ha hecho la paz, y tú estás obligado por patriotismo, por humanidad, á completar la obra.

Y esto lo consigues absteniéndote de toda labor que perjudique los intereses ajenos, porque, como dijo el más grande hombre de América: "El respeto al derecho ajeno es la paz", y la prueba es ésta, pueblo mío! Hubo guerra fratricida en nuestro país, porque el tirano no respetó nuestros derechos, y el baldón, la mancha de Caín cayó sobre los malvados y sobre el tirano.

Pues bien, pueblo heróico, que esta mancha, que este baldón, que esta infamia, no caiga nunca sobre tu limpia frente para que no deshones la santa causa de Don Francisco I. Madero, que es la causa de la libertad; la causa defendida por tu candidato el Dr. Gepeda en el campo de batalla, con heroísmo, con abnegación, con nobleza; no con dinero como tus contrarios, porque, pueblo mío, Gepeda no compra la conciencia de sus hermanos.



## Palabras textuales.



RA el mes de Noviembre del año pasado, glorioso en acontecimientos libertarios; estábamos en San Antonio, Texas, proscritos y perseguidos por la infame dictadura de nuestro país, que destacó tantos agentes de la reservada de México, en combinación con toda una legión de DETECTIVES americanos, todos de un olfato tan fino, que daría envidia á los más afamados perros huellers. Hacía un frío de todos los diablos, y naturalmente los expatriados mexicanos lo sentíamos más crudo, más inclemente, más cruel, por estar lejos de nuestra Patria, lejos de nuestro pueblo y de nuestras costumbres; nos hacía falta la plática cordial de nuestros amigos predilectos, entre ponchecitos calientes y al calor de la estufa ó del brasero. Así es que sentíamos doblemente el rigor del invierno, porque nos flagelaba al mismo tiempo el frío extraño de tierra extraña y el frío nostálgico de la tierra ausente que nos congelaba el alma, quebrantándonos, sin quererlo, el espíritu.

Pero no es el más gordo ni el más alto el que tiene más fuerza para resistir la inclemencia de las vicisitudes de la vida, así como no está en los tipos más arrogantes el alma más templada, ni en los más hermosos rostros el corazón más noble y bueno. . . . Todos los que estábamos bajo los portales del hotel donde se hospedaba nuestro caudillo y su muy respetable familia,